

LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN DE DON ÁNGEL: RECUERDOS DE UN DISCÍPULO

Por *José Luis Cañas*
Universidad Complutense

El concepto teórico de la Filosofía y la Pedagogía según Don Ángel, y la expresión concreta de su vivencia particular en la práctica educativa, son el resultado de su personal visión filosófica —metafísica, mejor— y religiosa del hombre, como no podía ser de otro modo en él. Pero no voy a entrar en la espesura de sus contribuciones a la Filosofía y la Teodicea en las vitelas de este ensayo con tintes biográficos (ya se encargan magníficamente otras plumas más autorizadas), sino que pretendo desviarme por el camino pedagógico, quizás porque como bien dijo García Morente «El filósofo cuando se expresa lo hace en pedagogo» y, en todo caso, porque la figura de Don Ángel a mi me parece que no se puede explicar cabalmente si no se detiene uno a bucear en su filosofía de la educación (teórica) y su decidida vocación docente (práctica).

Pretendo espiar aquí y ahora unas ideas educativas incardinadas (palabra muy cara a Don Ángel) en su propia vida. No olvidemos que ya Ortega había hecho suya aquella sintética expresión, que luego otros grandes autores han repetido y aconsejado, «las ideas no se comprenden hasta que no se viven». Y la figura de Ángel González Álvarez es la figura del presente histórico español que no se dedicó sólo y principalmente a escribir grandes tratados de ideas y pedagogías, sino y sobre todo que las encarnó en su propia existencia. Sus tratados de metafísica y su *Historia de la Filosofía en Cuadros esquemáticos*, por ejemplo, sólo son textos que le sirvieron de pretexto para dedicarse a hacer lo que él bien quería: enseñar Filosofía de la educación vivida, no sólo especulación teórica. Quienes creemos en la integración de la Filosofía y la Pedagogía, no como los navíos que van en paralelo, sino aunando esfuerzos, sin duda podemos encontrar en la figura de Don Ángel un magnífico continuador de la mejor tradición española que pasa por Giner de los Ríos y Bartolomé Cossío, por Balmes y Ángel Ayala, por Ortega y Unamuno, o el propio García Morente y, en plural, siempre los filósofos más influyentes.

Pero antes de entrar en el tema, y con el ánimo de presentarle y hacerle presente, me he permitido ahora dar un rodeo confidencial discípulo-maestro, que lógicamente está adobado por mi personal visión de su figura.

RECUERDOS DE UN DISCÍPULO ¹

Serían poco más de las siete de la tarde de aquel ya histórico 23 de febrero de 1981 (23-F). Don Ángel explicaba metafísica, concretamente sobre Aristóteles, en su

¹ Algunos de estos retazos biográficos aparecieron publicados en el *Boletín del Colegio de Doctores y Licenciados* (junio, 1992) 36-37, en mi artículo titulado «Don Ángel González Álvarez impulsor de las EE.MM en España»

cátedra de la Facultad de Filosofía de la Complutense —la que en tiempos fue cátedra de Ortega—. Seríamos aquella tarde una treintena larga de alumnos de quinto curso dándole vueltas de cabeza a la sustancia y los accidentes aristotélicos, a la vez que escuchábamos y tomábamos apuntes como de costumbre. Mediada la clase —o sea, alrededor de las siete— se empieza a oír un murmullo de fondo en torno a la puerta de entrada al aula. La explicación y la clase se detienen y Don Ángel ingenuo y ajeno pregunta: ¿qué pasa? Respuestas balbuceantes, noticias confusas, extrañeza... cierto alboroto exterior... alguien acierta a decir que la Guardia Civil ha tomado el Congreso de los Diputados, que TVE no emite, golpe de Estado... Caras de estupor entre la gente de clase, comentarios para todos los gustos, posturas escépticas, confusión... La cosa se animaba por momentos... Al poco se deja oír la voz del catedrático reconduciendo con mano hábil el asunto aristotélico: ante lo confuso de los rumores y el realismo de —si era cierta la noticia— no poder hacer nada nosotros allí y en esos momentos, la clase aquella tarde se dio hasta el final. Para entonces todas las Facultades se apresuraban ya a cerrar las puertas.

Este fue el Don Ángel que yo conocí a punto de jubilarse, y a quien desde aquí quisiera testimoniar ahora mi gratitud afectuosa a uno de los mejores maestros que he tenido. Aquel curso 1980/81 creo recordar que fue el último en que impartía clase Don Ángel a tiempo completo antes de dejar la docencia, de suerte que la gente de aquella promoción nos convertimos, por la fuerza inexorable del tiempo, en la última heredera espiritual de su dilatado magisterio.

Había conocido a Don Ángel cuando todo el mundo le llamaba precisamente así: «Don Ángel» —no González Álvarez, ni profesor González Álvarez, ni Don González Álvarez..., escueta y respetuosamente Don Ángel. Fue el curso 1975/76 y el lugar la Fundación Universitaria Española (Alcalá, 93). Por aquella época Don Ángel, los viernes, explicaba «Introducción a la Filosofía» dentro de un ciclo anual de conferencias y creo que era la primera vez en mi vida que yo asistía a un evento de este tipo. Recuerdo que en seguida quedé enganchado por aquel ambiente y al año siguiente me introduje en un pequeño círculo de amigos —solo éramos cuatro o cinco— que empezamos a reunirnos a solas con Don Ángel una hora antes de comenzar sus clases. El recuerdo ahora de aquellas tertulias en torno a una mesa de un pequeño despacho de la FUE lo vivo con auténtico afecto.

Años más tarde, andando el tiempo, descubrí en París que esa costumbre de reunirse en tertulia animada con un maestro en casa de unos amigos o en su propia casa, la practican los franceses con bastante frecuencia y naturalidad. El caso es que allí, como es de suponer, no hablábamos sólo de Filosofía. La Filosofía quizá era la excusa, más bien lo que allí salía era de todo, lo divino y lo humano. Sobre todo allí escuchábamos expectantes la palabra hecha experiencia de vida de un maestro. Allí, por ejemplo, el tema educativo en España florecía por doquier, y en torno a la reflexión educativa iban saliendo los asuntos más interesantes para un grupo de jóvenes ansiosos de aprender y de reformar, de influir y revolucionar en la sociedad a través de la educación.

Magisterio, pues, vivo ². A base de lecciones de experiencia vivida —no de teorías alejadas de lo real—, de conducta ética intachable, de ejemplos prácticos... a base de «levantar liebres» nos hacia caer en la cuenta de hechos y acontecimientos, de

² Don Ángel había pasado prácticamente por todas las categorías profesionales de la docencia, desde maestro de niños hasta catedrático de Universidad, y por casi todos los cargos académicos, desde Jefe de Estudio hasta Rector de la Universidad Complutense, pasando por actividades educativas tan dispares como Preceptor de nuestro actual Rey Juan Carlos, o puestos destacados en sociedad como Académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas.

sucesos profundos de la vida de actualidad y de la política educativa del momento. Eran años de cambio y de incertidumbre social y política en España, de intereses partidistas... y él nos hacía pensar.

Por aquella época, además, empezaron su andadura los Encuentros de Universidad y Cultura (E.U.C.)³ que tanto animó don Ángel y que tanto le animaron a él. Efectivamente, durante esos últimos años académicos, y sobre todo ya jubilado de su cátedra, los E.U.C. fueron para él la prolongación de su magisterio: una nueva ilusión de darse, un rejuvenecer —literalmente— entre gente joven universitaria (la mayoría éramos alumnos) unidos por la amistad y la experiencia común intelectual y espiritual. Creo que constituyeron para don Ángel los últimos años de felicidad académica y, por ello, de felicidad humana.

SU FIGURA

Su figura en verdad que era algo especial. De apariencia seria desde fuera, se tornaba amabilidad al hablar... Toda su persona hablaba. Sobre todo con las manos. Las manos de don Ángel se recortaban en la orla de su cátedra con envidiable agilidad expresiva. Cuando yo le conocí su aspecto era el de un hombre viejito, menguada ya la estatura, calva venerable —que cubría en la calle con un gracioso sombrero fuera de época—, paso quedo y voz suave, amable la figura por el paso de los años. Siempre corbata y traje oscuros —marino, generalmente— que resaltaban sobre el fondo de la blanquísima camisa. Siempre gafas oscuras, sin duda para disimular la prótesis que ocultaba uno de sus ojos. Siempre —o casi siempre— expresión alegre en su rostro a través de una leve y finísima sonrisa que esbozaban las comisuras de sus labios. Siempre ademanes de saludo amable —inclinación de cabeza— cuando te cruzabas con él por los pasillos de la Facultad o de la calle...

Pero volvamos a la clase. El curso 1980/81 creo recordar que fue el último que impartió clase en la Facultad a tiempo completo antes de dejar la docencia, de suerte que la gente de aquella promoción nos convertimos, por la fuerza inexorable del tiempo, en la última heredera espiritual de su dilatado magisterio.

SUS CLASES

Sus clases no es que fueran emocionantes, no las calificaría de vibrantes —aunque a veces también se acaloraba cuando salía algún tema ético con el que no estaba de acuerdo— ni sublimes ni nada extraordinarias quizás, pero tenían un algo especial, un «no sé qué» que le hacían a uno desearlas y esperarlas a la semana siguiente. Entraba en el aula sin hacer ruido. El ánimo recogido. Sin llamar la atención. Se sentaba en la cátedra, abría su cuaderno —siempre y sólo le acompañaba un cuaderno de notas— y esperaba a que hiciésemos silencio. Al principio la voz queda, entrecortada, casi apagada para que prestásemos más atención, empezaba siempre: «El tema de hoy se titu-

³ Promovidos por otra gran educadora, Lydia Jiménez, los E.U.C. vinieron a llenar un espacio modesto, pero ciertamente selecto, de convivencia universitaria en torno a la verdad multiseccular de esta institución (universitas) de pluralidad de saberes, y encuentros distendidos de convivencia entre maestros y discípulos y no sólo asépticas relaciones académicas profesor—alumno (rollo, examen, notas...)

la... y lo vamos a desarrollar en tres partes... al final veremos...». A medida que se metía en materia el tono de voz aumentaba. El pensador salía pronto a relucir. La inspiración creadora, filosóficamente pura, se dejaba sentir pronto en el ambiente. Escribíamos sus frases redondas en nuestros cuadernos atendiendo, entregados, las explicaciones del maestro. Ciertamente era un prodigio construyendo la frase, la frase compuesta y compleja. La frase que empezaba y continuaba con yuxtaposiciones, incisos, paréntesis, corchetes, pausas, y subordinaba y completaba, y más subordinaba... y al final cerraba perfectamente sin haber perdido el hilo de la oración principal. Y después repetía.

Repetía con otras imágenes, con otros ejemplos o con otras metáforas, dándole vueltas al asunto hasta que quedaba del todo claro. Luego pasaba a otra idea, la enganchaba con la anterior y la proyectaba hacia nuevos caminos, nuevas formas, nuevas ideas. El método siempre el mismo: la frase larga y bien llevada. Casi sin darse uno cuenta llegábamos ya a la mitad de la clase. Entonces aprovechaba para hacer un pequeño descanso: una anécdota personal, un cuentecillo gracioso, a veces un chiste, incluso alguna consideración de indole moral («ya toca el chiste don Ángel», decían a veces algunos por lo bajo con ánimo jocoso que no con malicia). Era el momento de soltar el bolígrafo, abandonar momentáneamente las ideas filosóficas, y disfrutar relajados de la experiencia vivida hecha palabra. Al poco rato, después de la pausa, emprendíamos de nuevo la lección y el asunto continuaba hasta que el bedel nos daba la hora. No. Ciertamente con él no se hacía pesado el tiempo ⁴.

Así fue el don Ángel que yo conocí: amable, delicado, respetuoso, muy humano. Como un abuelo para sus nietos. Su vida se consumió al final sin ruido, casi sin enterarse nadie. El hombre que impulsó las Enseñanzas Medias en España como ningún otro ⁵ se marchó, igual que vivió, sin llamar la atención. Ahora, *in memoriam*, ojalá que su magisterio nos mantenga viva la atención.

EDUCACION Y FILOSOFIA: LAS DOS PASIONES DE DON ÁNGEL

En cada una de las distintas etapas históricas de la humanidad nos encontramos con unas características peculiares de pensamiento y de educación que van a configurar diferentes tipos de hombre. Desde la educación clásica griega y romana hasta la educación democrática —para hablar de la educación de nuestros días y, tal vez, de la educación que se desea para el futuro—, a través de los momentos más estelares todo lo flexibles que haya menester de la Historia, intentamos comprender mejor la fun-

⁴ Recuerdo, a modo de ejemplo, uno de aquellos chascarrillos de un día cualquiera: «Referían algunos discípulos de Gregorio Marañón que, en sus clases, el gran médico y humanista empleaba con frecuencia una muletilla; la graciosa interrogación “¿no es verdad?”. De suerte que cada poco tiempo soltaba un ¿no es verdad? y al poco rato otra vez, ¿no es verdad?... y si tanto ¿no es verdad? que se hacía cómico de verdad, hasta el punto de que algunos graciosos se dedicaban a llevarle la cuenta de los “¿no es verdad?”. Pero un día se percató Marañón de la causa de tanta gracia. Al día siguiente, en un alarde de concentración en sus explicaciones, el profesor no soltó ni un solo ¿no es verdad? durante toda la clase. Y claro, aquello no se lo podían creer sus atónitos discípulos esperando, sin resultados, la repetición de la graciosa muletilla. Don Gregorio Marañón entonces, terminada la clase, dijo con todo el aplomo del mundo: “¿no es verdad?, ¿no es verdad?, ¿no es verdad? Han sido tres veces.” La carcajada general fue sonada aquel día por la Facultad...»

⁵ Fue Director General de Enseñanzas Medias. En cierto E.U.C., ya jubilado don Ángel, alguien dijo de él: «¡Lástima de Ministro de Educación que se ha perdido España!»

ción que la educación ha tenido dentro de las formaciones sociales, de los cambios de mentalidad en los pueblos, de cambios de cultura. La Historia —tantas veces “magistra vitae”— es el marco obligado de referencia para explicar la cultura y la vida de los hombres, derivadas de sus ideas teóricas (filosofía) y de sus realizaciones prácticas (educación). Y es también la propia Historia, delicia de los ocasos como diría Ortega (“La Historia, como la uva, delicia de los otoños”) la impulsora de nuevas realizaciones tal vez a través de la educación.

De la educación se dice modernamente que es comunicación, perfeccionamiento y optimización, formación y autorrealización, intencionalidad, integración y sistematización, personalización y socialización, autorrealización y autonomía... De la filosofía se ha dicho desde antiguo que es sabiduría, búsqueda, admiración, asombro, perplejidad, reflexión, saber, descubrimiento y revelación de lo absoluto, lo total, lo trascendente... De forma que, juntando la enriquecedora polisemia de los términos filosofía y educación, encontramos en la vida de Don Ángel una estrechísima conexión porque toda filosofía vital tiende necesariamente hacia una *filosofía de la educación*, que llega a promover modalidades y formas de cultura, y en todo caso un ideal de hombre. Por eso nos explicamos que su forma de entender y ejercer la educación ha evolucionado en estrecha conexión con su ideal de hombre, ser *in-carnado* y trascendente a sí mismo.

Veamos ahora algunas de sus ideas educativas como la evolución de las Enseñanzas Medias en España, la formación del profesorado de Secundaria (Enseñanzas Medias), o la polémica educación humanista frente a la educación técnica, para ver encarnadas en ellas *su* Filosofía de la Educación.

EVOLUCIÓN DE LAS EE.MM. EN ESPAÑA.

Los institutos nacionales de enseñanza media —escribe Don Ángel—, en paralelismo con los cuales han debido organizarse los colegios privados, son herederos de los que a principio de siglo se llamaron institutos generales y técnicos, los cuales, a su vez, proceden de las universidades menores o provinciales. Su profesorado procede secularmente, en su mayor parte, de las actuales facultades de filosofía y letras y en ciencias. Allí obtenían, y siguen obteniendo, la licencia “docendi” aprendiendo intuitivamente en los modelos de los maestros universitarios la terminación pedagógica que necesitan. Pero ambas facultades se han desarrollado independientemente una de la otra, al compás de la evolución de los campos científicos respectivos. Como por exigencias de la investigación y de la especialización profesional ambas se han dividido en múltiples secciones, el resultado es que las facultades de ciencias y de filosofía y letras desatienden la formación de los profesores de grado medio para ocuparse más del cultivo de la investigación científica y de la formación de profesionales de la industria o los servicios y de docentes universitarios.

La evolución de la enseñanza media ha seguido caminos diferentes. La cultura general, cuya impartición se encomienda al instituto, no admite tan tajantes especializaciones. Una disciplina como las Ciencias naturales, con dificultad se le encomienda a un geólogo o a un biólogo, ¿Qué sección de la facultad de Geografía e Historia nos forma un profesor de geografía e historia de un instituto? Geografía, Historia, Historia de América o Historia del Arte...

La preparación humanística, científica y cultural del profesorado de grado medio no figura entre las finalidades últimas ni entre los objetivos inmediatos de ningún Centro especial de enseñanza superior. La situación es todavía más sombría si repara-

mos en la formación técnico-profesional de los docentes. De nuestra Universidad salen cada año una multitud de especialistas de diversas profesiones... pero nadie se preocupa de la formación de los docentes de grado medio...

Cabía esperar que la ley general de educación aportase modificaciones sustanciales a nuestro sistema de formación del profesorado de grado medio. No hay tal aportación, señaló Don Ángel. Ni se supo salvar el error de separar la formación científica de la preparación pedagógica, ni se quiso colmar la insuficiencia de la vieja escuela de formación del profesorado que creó el MEC. La formación científica se encomienda a las facultades en los ciclos de licenciatura o doctorado. La formación profesional docente se remite a los ICES.

LA FORMACION DEL PROFESORADO DE SECUNDARIA.

La formación del profesorado se disloca todavía más en la ley. Cualquiera de las facultades o de las escuelas técnicas superiores parece quedar habilitada para impartir las enseñanzas teóricas de orden humanístico, científico y técnico que necesita el profesorado de grado medio. Y la formación profesional con vistas a la docencia se concentra definitivamente en el instituto de ciencias de la educación de cada Universidad.

Es necesario —dice Don Ángel— superar urgentemente las actuales deficiencias en la formación del profesorado de grado medio y no volver a caer en el hoyo sin fondo del error. Tal vez sea suficiente no aferrarse a la letra de la ley para seguir su mejor espíritu. Procurando la mayor fidelidad a este espíritu y apoyándome en la realidad de los hechos, ofrezco a la meditación de los expertos los siguientes principios de solución, que desembocan en una propuesta concreta.

El proceso de desmembración histórica de la unitaria facultad de artes en nuestras facultades de ciencias y de filosofía y letras no se ha detenido. Todavía más la misma idea de facultad ha entrado en crisis bajo el impulso ascendente del departamento. No pretendo oponerme a la evolución de la vieja facultad de artes y a la proliferación creciente de nuevas facultades, según impone el desarrollo de las ciencias humanas y naturales y exige la especialización de las nuevas profesiones. Sin embargo, no me resigno a presenciar la desaparición del lugar adecuado para la formación intelectual y didáctica de la profesión docente. Bien estaría pedir una nueva facultad universitaria que cumpliera ese doble cometido sin producir perturbación alguna al proceso evolutivo de las actuales facultades de letras y de ciencias. Pero no es necesario, porque el sistema departamental puede resolvernó el problema.

EDUCACION HUMANISTICA Y EDUCACION TÉCNICA

Es muy frecuente hacer una reducción de los saberes a lo largo de la historia más o menos en estos términos: la educación fue humanística en la Edad Moderna y debe ser técnica en la actualidad. Sin embargo, también hoy día esta muy corroborado lo peligroso que es para el conjunto del conocimiento humano hacer de los saberes compartimentos estancos, y en especial el falso dilema humanidades *versus* técnicas.

Hace ya algunos años Werner Heisenberg, en su obra *La imagen de la naturaleza en la física actual*, escribió un bello capítulo autobiográfico donde explica estas

conexiones entre la educación humanística, la educación natural y la cultura occidental, que merecen la pena comentar porque son de una colosal actualidad. Se plantea Heisenberg el problema con tal profundidad y sencillez a la vez que ciertamente abre perspectivas insospechadas.

“Se oye a menudo —escribe— la sugerencia de que el saber que proporcionan las escuelas secundarias sea demasiado teórico e irreal, y que, en nuestros tiempos, presididos por la técnica y la ciencia natural, una educación más orientada hacia lo práctico pudiera preparar para la vida de modo mucho más adecuado”. Ante lo cual Heisenberg destaca con razón que toda nuestra vida cultural, todo nuestro obrar, pensar y sentir arraiga en el transfondo espiritual del Occidente, formado en sus comienzos por el arte, la literatura y la filosofía de los griegos. Toda la energía de nuestra cultura occidental procede y procedió siempre del estrecho enlace de las cuestiones de principio con la actuación práctica. Lo que desde el primer instante distinguió al pensamiento griego fue la actitud para retrotraer todo problema a una cuestión de principios teóricos, alcanzando así puntos de vista desde los cuales fue posible ordenar la polícroma diversidad de la experiencia y hacerla asimilable por el intelecto del hombre. Por eso, estudiar a los griegos significa ejercitarse en el uso de la más poderosa herramienta intelectual que el pensamiento de Occidente ha conseguido crear». Y concluye que la frecuentación de la cultura griega dota al hombre de una escala estimativa en que los valores espirituales se sitúan por encima de los materiales.

Para Heisenberg es claro que hay una evidente conexión entre la ciencia natural y la educación humanística. “La gran corriente de ciencia natural y de técnica que hincha a nuestros tiempos, procede en definitiva de dos fuentes sitas en el terreno de la filosofía antigua, y aun cuando más tarde muchos otros influjos hayan desembocado en aquella corriente y acrecido su fecundo caudal, la veta originaria se percibe todavía con la mayor claridad. Por esta razón, la ciencia de la naturaleza puede también obtener beneficios de la educación humanística. Naturalmente, los propugnadores de una más práctica preparación de la juventud para la lucha de la vida podrán siempre responder que, en la vieja práctica, el conocimiento de aquellos fundamentos espirituales no monta gran cosa. Según ellos, para permanecer en el terreno de las realidades, hay que adquirir las disposiciones prácticas para la vida moderna, el conocimiento de las lenguas vivas y los métodos técnicos, y la aptitud para el comercio y el cálculo; y la cultura humanística no es más que una forma de adorno, un lujo que sólo pueden permitirse los pocos para quienes el sino de la lucha resulta menos áspero que para los demás”

He aquí la contestación de Heisenberg: “Es posible que tal opinión resulte adecuada para muchas personas cuyas vidas deben consagrarse a una actividad meramente práctica, sin que puedan contribuir a la formación espiritual de nuestra época. Pero quien no quiera contentarse con tan poco, quien quiera llegar hasta el fondo de las cosas en cualquier disciplina, tanto si se trata de técnica como de medicina, tendrá que dar más tarde o más temprano con aquellas fuentes antiguas”

Se trata, en definitiva, de lo siguiente: la enseñanza de las humanidades clásicas sirve, en excelente medida, a la educación entendida como edificación del hombre. ¿Por qué habría de proscribirse si también es útil para el cultivo de la ciencia y de la técnica en sus últimos desarrollos y en sus fronteras actuales? Sólo seremos originales si volvemos a nuestro origen. Las técnicas y las ciencias de la naturaleza muestran un fundamental parentesco. “Son muchos los terrenos en que se rastrean las señales del común origen, y este origen común no es en último término otro que

el pensamiento griego”. Por eso precisamente “la fidelidad a la educación humanística representa simplemente la fidelidad a occidente y a su fuerza de creación cultural”

Y por eso las EE.MM. deben elevar el nivel de cultura general para abrirse a una preparación humanística y científica, con la vista puesta en una formación profesional, sin aferrarse a una selección del alumnado en función de una presunta carrera universitaria.

Don Ángel —posiblemente el mayor impulsor de las EE.MM. en la España reciente— recoge en *La universidad de nuestro tiempo* la tesis de José Barrio Gutiérrez que defiende la necesidad de la *formación general* como uno de los objetivos formales básicos de la enseñanza actual, que se deriva del progreso técnico. El conocimiento de una técnica determinada del momento presente puede ser inoperante a la vuelta de pocos años. De ahí la necesidad de que se capacite al hombre para adaptarse a los nuevos cambios, a las nuevas situaciones. Los principios generales obtenidos le permitirían resolver la problemática futura sin recurrir al procedimiento, largo y costoso, del “ensayo y error”, como las ratas de Thorndike en la búsqueda de la salida de un laberinto. De ahí que la formación sea un factor específicamente humano, señala Barrio. No me cansaré de pedir —añade Don Ángel— que el Instituto de Enseñanza Media imparta una cultura humanística, científica y técnica de amplia base, reservando para el último curso de este ciclo la especialización en las diversas profesiones de la orientación para los estudios universitarios.

Pero además hoy día esto es extensivo a la enseñanza universitaria. La Universidad con futuro será la Universidad que se aplique al ideal orteguiano de formar personas capaces de adaptarse a situaciones cambiantes. Philip Coombs, Presidente del Consejo Internacional para el Desarrollo de la Educación, asegura la necesidad inmediata de “una Universidad personalizada, que enfrente la creatividad a la simple capacidad memorística, en una Europa común que demandará una mayor movilidad de profesores y alumnos”. Responsables de grandes empresas están manifestando que sus mejores directivos no son los especialistas sino los humanistas, porque saben resolver mejor los problemas humanos y sociales que plantean sus empleados, De ahí la necesidad acuciante de dotar de conocimientos humanísticos y técnicos a los futuros directivos de las empresas. Las empresas buscan a los licenciados no tanto por lo que saben, sino por lo que pueden llegar a saber, a aprender y a hacer. Necesitan gente que sepa leer con velocidad y comprender y recordar lo leído, que sepa organizar y distribuir el tiempo adecuadamente, que sepa hacer “exámenes” a diario y contestar los interrogantes de las relaciones laborales diarias. Y esto tiene mucho que ver con las habilidades humanas y metodológicas en el trabajo...⁶

Las EE.MM., en definitiva, tienen por tanto que superar el falso dilema “humanidades contra tecnologías”. Tienen que evitar cuidadosamente los dos extremos que señala Don Ángel quienes acentúan con exclusividad los intereses de la industria y las necesidades de la técnica y conciben la educación como el medio de proporcionar la mano de obra requerida para el desarrollo, cometen un crimen de lesa humanidad al poner la enseñanza al servicio de la producción. Los que, por el contrario, se refieren al hombre abstracto sin insertarlo en la sociedad técnica ni prepararlo para el inevitable ejercicio de una profesión, olvidan las necesidades del hombre trabajador en relación al mundo de la producción y a la comunidad social,

⁶ Véase mi libro *Estudiar en la Universidad hoy*. (1990). Madrid: Dykinson.

configuradas precisamente por el desarrollo técnico, (*Política educativa y escolaridad obligatoria*)

Don Ángel defiende, en suma, el derecho de todos a una amplia educación general y a una formación técnico-profesional. Pero la finalidad de las Enseñanzas Medias hay que ponerla en el perfeccionamiento del hombre, en su mayor y mejor participación en los beneficios de la cultura. El Instituto de Medias no se justifica sólo por los servicios que puede prestar al desarrollo de la producción ni a las exigencias de la técnica. Debe adaptarse al mundo que nos toca vivir sin olvidar las necesidades de los alumnos ni descuidar las exigencias de la educación misma. Etc.

Termino con un anécdota que le escuché en cierto E.U.C. a don Ángel, que tal vez nos sirva para resumir su talante abierto y su constante preocupación casi juvenil —aunque ya estaba jubilado— por la promoción del profesorado. En aquella ocasión se refirió al estamento universitario pero bien la podemos extrapolar al profesorado de secundaria y a sus queridos maestros, obsesión de su quehacer profesional. A propósito de las posibilidades que tenía entonces (años setenta-ochenta) un profesor titular de Universidad para acceder a catedrático, nos recordó a Dante así: “Cuando Dante quiso definir el infierno en *La Divina Comedia* colocó encima del dintel de la puerta de entrada esta sentencia: “Abandonad toda esperanza». A partir de ahí nos podemos imaginar con facilidad el énfasis de sus críticas a la política educativa de turno.